

**CARTILLAS DE
DIVULGACION ECUATORIANA
Nº 16**

LAS ESMERALDAS DE ESMERALDAS
DURANTE EL SIGLO XVI

LUIS ANDRADE REIMERS



EDITORIAL CASA DE LA CULTURA ECUATORIANA — 1978

Este Libro es propiedad de la Biblioteca
Nacional de la Casa de la Cultura
Su Venta es penada por la Ley

**SECCION DE HISTORIA Y GEOGRAFIA
DE LA CASA DE LA CULTURA ECUATORIANA**

LUIS ANDRADE REIMERS

Las Esmeraldas de Esmeraldas
durante el siglo XVI

BIBLIOTECA NACIONAL QUITO - ECUADOR	
COLECCION GENERAL	
Nº	AÑO
PRECIO	DOMACION



EDIT. CASA DE LA CULTURA ECUATORIANA — QUITO — 1978

Mientras en 1533 el colosal Imperio de los incas fue ocupado por sólo ciento sesentisiete soldados españoles al mando de Pizarro, la región conocida entonces con el nombre de "las esmeraldas" hacia el Noroeste del Tahuantinsuyo, a pesar de las numerosas expediciones militares organizadas contra ella, resistió la penetración española por cerca de setenta años y únicamente hacia fines del Siglo XVI permitió el establecimiento de cuatro misioneros. Ante un hecho histórico tan notable, uno no sabe qué admirar: o la ambición incontenible de los españoles por entrar o la tenacidad de sus habitantes por echarlos fuera. Sin embargo, hoy día ambas cosas parecen tener una explicación satisfactoria. La codicia de los colonos de ultramar se originaba principalmente de la fama de las minas de esmeraldas en algún lugar de esas regiones; el celo de los aborígenes en defender sus ríos y montañas provino en gran parte de la oportuna introducción de la raza negra en su territorio, la cual despertó la agresividad de los nativos y acaudilló su resistencia. En estas breves páginas nos proponemos esbozar, al menos, aquella extraña e intrigante historia.

1) *Origen de la fama sobre las esmeraldas*

El historiador norteamericano, William H. Prescott, al referirnos las aventuras en el segundo viaje de Pizarro a lo largo de las costas sudamericanas del Océano Pacífico, se hace eco del tono épico y legendario, con que historiadores tan antiguos como Juan de Sámanos presentaron a los europeos este mundo desconocido de las Indias. Prescott se expresa así:

“La orilla del mar estaba cubierta de un majestuoso bosque de ébanos, de una especie de caoba y de otras maderas duras. El sándalo y otros árboles balsámicos exhalaban su aroma a gran distancia entre las saludables brisas del océano. En los claros se veían grandes trozos de terreno cultivado, colinas cubiertas de maíz y de patatas y en las tierras bajas, floridas sementeras de cacao. Los pueblos iban siendo cada vez más considerables . . . La comarca era abundantísima en oro, que recogían en los lavaderos de los ríos, entre los que se contaba el de las *Esmeraldas*, llamado así por las minas de esta piedra preciosa, que se encontraban en sus orillas”.

Como puede apreciar el lector por sí mismo, esta descripción moderna todavía aparece como aureolada por el mito y la leyenda. Sin embargo, tales debieron ser más o menos los colores con que Francisco Pizarro deslumbró la imaginación de los pocos soldados que de hecho le siguieron. Aunque “los que se hallaron con Francisco Pizarro en el primer descubrimiento de la costa y de la isla del Gallo no quisieron venir, diciendo que era tierra perdida y que los que venían con él venían a morir” (Diego de Trujillo) muchos de los traídos de España con ese objeto y algunos de los colonos sin fortuna en Panamá debieron animarse con la esperanza de que en el peor de los casos al menos llegarían a aquellas regiones encantadas “de las *Esmeraldas*”.

2) *Fundamento histórico de las esmeraldas en la región*

Tales eran las fantasías, que poblaban la imaginación de los soldados de Pizarro, cuando después de apenas seis días de navegación desembarcaron sanos y salvos en la bahía de San Mateo. El estuario formado por el río *Esmeraldas* era justamente el sitio al cual se había referido Juan de Sámano. Pero parece que ninguno de los expedicionarios se acordó de ello, ni siquiera el viejo Francisco Pizarro. Respecto al alto hecho ahí por la tropa española, el soldado de infantería Diego de Trujillo nos dice simplemente: “Sobre la bahía estuvimos diez días, reformando la gente. Vinieron muchos indios por el río abajo en canoas,

a reconocernos. Esta tierra de la bahía es tierra de montaña y de muchos aguaceros. Había fruta de la tierra, mucha, como guabas, guayabas, caymitos y hobos”.

Así pues, después de diez días de descanso a orillas del río Esmeraldas, prosiguieron su lento y sudoroso camino hacia el Sur, siempre orillando las playas del Océano. Pero, semanas más tarde, cuando asaltaron por sorpresa y se apoderaron del pueblo de Coaque, entre el botín recogido de aquel pequeño pero próspero emporio comercial, se encontró cierta cantidad de pequeñas piedras de color verde-amarillento y forma prismática. Ninguno de los soldados había visto antes en su vida una esmeralda y, menos, en la forma tosca y tierrosa en que salen de las minas. Sin embargo, al encontrarlas entre los objetos de oro y plata del botín, alguien sospechó que se trataba de piedras preciosas, contra el escepticismo general. Como habían oído que las esmeraldas son totalmente irrompibles, las pusieron a prueba y las golpearon con pesados martillos y grandes piedras. La esmeralda es un silicato de aluminio con un grado de dureza de 7,5, lo cual quiere decir que es susceptible a romperse al resistir grandes presiones, especialmente en sus aristas en formación de estado rústico. Seguramente aquellas piedrecillas recogidas en el botín no resultaron tan duras como ellos se habían imaginado y por ese motivo simplemente las desecharon como objetos inservibles.

Hoy conocemos un poco mejor el tipo de actividades a que se dedicaron aquellos aventureros de Pizarro en Coaque, gracias a los documentos de notaría redactados en ese pueblo, los cuales en forma misteriosa han ido hoy día a parar a la Biblioteca del Congreso de Washington y se hallaban publicados en la Harkness Collection. Son 32 escritos notariales, que van desde el 19 de Abril de 1531 al 11 de Septiembre del mismo año. De ellos 17 son contratos de compra-venta de mujeres esclavas traídas de Nicaragua para negocio o tomadas durante la expedición; 8 contienen cartas-poder a favor de vecinos de Panamá; hay transacciones mercantiles propiamente dichas (una arroba de manteca, un falconete y un caballo); se hallan finalmente un testamento, un pagaré y un contrato de sociedad para explotar a dos esclavas indígenas. Lo que resulta curioso para nuestro tema es ver cómo en todas estas transacciones mercantiles pagaderas a plazo fijo, el peso de oro es el único tercio de comparación, a pesar de que con tales obligaciones los soldados se

comprometían a irlos a robar en donde quiera. En ninguno de ellos se mentan las esmeraldas como medio de pago, lo cual parece indicar claramente que nadie dio valor a aquellas esmeraldas encontradas.

Pero hubo un buen fraile, el Padre Resinaldo Pedraza, que las supo reconocer y las puso a buen recaudo con extremada discreción, de tal suerte que cuando los soldados se dieron cuenta de su valor ya era demasiado tarde. Trujillo nos lo dice con estas palabras: "En este pueblo de Coaque nadie conoció las esmeraldas si no fue fray Resinaldo, que juntó más de ciento y tantas y las cosió en un jubón. Y de allí se volvió a Panamá, en el navío de Pedro Gregorio, y allí murió y le sacaron las esmeraldas y después hicimos todos servicio a su Majestad de ellas".

3) *Divulgación de la fama de la mina de esmeraldas en esa región*

Dos años después del paso de la tropa de Pizarro por Coaque, todo el mundo hablaba de las fabulosas minas de esmeraldas de aquella región, no sólo entre los colonos de Quito, Lima y el Cuzco, sino también en Panamá y en la Península. El Licenciado Gaspar de Espinosa escribía a Carlos V desde Panamá el 6 de Noviembre de 1535: "En las provincias de Quito ha descubierto el Capitán Benalcázar tierra muy poblada y muy rica en oro y plata y especería y hallado y descubierto el río donde nacen las esmeraldas".

Por su parte el Padre Vicente Valverde, injustamente difamado por los capitanes españoles, en desquite por la denuncia presentada por el fraile al Emperador sobre el atraco del oro dado por Atahualpa a la Corona española, en Noviembre de 1538 escribía a Carlos V:

"Ya Vuestra Majestad sabe cómo en estos reinos, en la provincia de Puerto-Viejo, primera fundación de ellos (los conquistadores de Quito), hay y ha habido riqueza de muy gran ser de piedras esmeraldas, que es tesoro de gran valor. Y hubiéronse en la primera vista en muy gran cantidad, aunque no se tuvieron, por no conocerse, en tanto. Y así mismo, aunque con trabajo siempre, los naturales las tienen y dan a sus dueños. Y como Vuestra Ma-

jestad debe ser informado, estas gentes son avariantas de aquello que nos ven codiciosos y, así, han parado en no darlas y tienen gran cuidado en que no se las hallen ni se sepa de dó vienen. Y como el valor de estas piedras sea tan grande, codiciando yo el secreto de ellas, he procurado la venida del Capitán Jerónimo de Olmos, criado de Vuestra Majestad, que es a quien le ha sido cometida la gobernación de esta provincia cuatro años ha . . . Este Capitán, como sagaz y hombre celoso de merecer y criado de Vuestra Majestad, ha procurado naturales de la dicha tierra para verificar el secreto de estas piedras y halla en todo que hay nacimiento de ellas, según me cuenta. Y, si ello es así, ya Vuestra Majestad ve su grandeza. Sabido ésto por la mayor inteligencia, que él ha podido como hombre de posibilidad, se determinó a gastar su hacienda en ello con aparejos grandes que juntó, con tener hacienda, así de mantenimientos como de caballos, herramientas y todo lo necesario. Estando en esto y para hacer su entrada, dividióse por parecer del Gobernador esta provincia y dióse cargo a otro capitán . . . Ahora este Jerónimo de Olmos es venido a mi ruego, como a Vuestra Majestad tengo dicho, a esta ciudad del Cuzco, a donde con todo cuidado hemos procurado su vuelta para ello (la explotación de la mina de esmeraldas). A él se le debe dar esta conquista con aquellas ventajas y merced que a Vuestra Majestad pareciere . . . por ser persona de gran juicio y muy honrado . . . y vecino en el partido donde se presume que está esta rica mina, como por tener lenguas para ello”.

De esta cita se deduce claramente que la presunta mina de esmeraldas en algún sitio cercano al río de su nombre, no sólo era ya famosa en la Corte de Toledo sino que había comenzado a ser objeto de las más ardientes ambiciones entre los colonos españoles de estas partes de las Indias.

4) *Expediciones militares en busca de la mina hasta 1553*

Una vez llevada a cabo la fundación de Quito por el Capitán Sebastián de Benalcázar el 6 de Diciembre de 1534, él mismo y sus solda-

dos experimentaron una de las más amargas decepciones, al no encontrar ahí los fabulosos templos, palacios y edificios públicos, forrados de metales preciosos rutilantes, como habían soñado. Este fracaso aparentemente impulsó a los desafortunados aventureros a buscar esos tesoros fuera de la región. Entonces más que nunca las noticias habidas sobre las ricas minas de esmeraldas de la costa adquirieron de pronto gran interés.

Sin tomar en cuenta los viajes anteriores de Garcilaso de la Vega y Andagoya mencionados por González Suárez, parece que la *primera expedición* importante salió de Guayaquil compuesta por cien soldados al mando del Capitán Peña. Este pequeño batallón remontó el cauce del río Babahoyo hasta su nacimiento en la Cordillera de Angamarca, ramal de los Andes Occidentales. De acuerdo a los datos recopilados de los aborígenes, tenían la certeza de encontrar ahí el paraje donde "nacían las esmeraldas". El llegar hasta aquellos lugares inhóspitos y abruptos sin rastro alguno de caminos, supuso en los expedicionarios esfuerzos desesperados y produjo las primeras víctimas. Sin embargo, después de haber registrado minuciosamente todos los rincones del abrupto cauce a través de las montañas, acabaron por abandonar la empresa y emprendieron su regreso por el mar.

Más o menos por esos mismos meses y con el temor de ser ganados por el Capitán Peña, salió de Quito en 1538 otra expedición, organizada por Alonso de Hernández, la cual fue *la segunda* entre las expediciones importantes. Partió con un centenar de soldados españoles y un número más o menos igual de indios. Se había propuesto dominar a la tribu de los Yumbos, regados en esa época por detrás del macizo del Pichincha hacia las zonas plenamente tropicales de la Costa. El camino que escogió fue el de Calacalí y Nono para transmontar la Cordillera Occidental. Pero hacia el otro lado se encontró con precipicios insalvables y selvas enmarañadas. Así, pues, después de haber andado vagando en busca de algún paso por espacio de tres meses, se vio forzado a regresar con su gente, sin haber tampoco puesto siquiera sus pies en las regiones de Esmeraldas.

La tercera expedición de envergadura fue llevada a cabo en 1539 por Jerónimo de Olmos, aquel a quien el Obispo Valverde había recomendado tan encarecidamente ante el Emperador Carlos V. En efecto,

Olmos era una especie de ingeniero de minas o experto en excavaciones, de acuerdo a los conocimientos mineralógicos de la época. Parece que invirtió gran parte de su fortuna en hachas y machetes para desbrozar la selva; palas, barras, taladros manuales y cinceles para despejar y perforar las rocas; mazos, martillos y piquetes para comprobar la dureza de los materiales. A eso debió añadir los cables, sogas y poleas, que en aquellos tiempos se usaban para remover las rocas y desplazar la tierra. Todo ello en los primeros años de la Conquista, en que por la escasez de tráfico marítimo las manufacturas europeas eran sumamente costosas, le debió costar mucho oro. El personal que contrató fue en su mayoría civil e indígena, más para el duro laboreo de las minas que para una campaña militar. Finalmente venía la provisión de víveres para una larga estadía en lugares, en donde no se tenía la menor idea si los habrían de conseguir.

Olmos no era un soñador sino un talento esencialmente práctico del Siglo XVI. Escogió la ruta más segura hacia la zona por investigar, la cual, de acuerdo a todo cuanto había podido averiguar en Guayaquil, era la ensenada de Atacames como cuartel general y punto de partida en el rastreo. La ruta que eligió fue la marítima y en esa forma llegó al sitio requerido sin bajas y con un personal relativamente fresco. Pero, una vez desembarcado con su gente y equipos, de pronto tropezó ahí con un obstáculo insalvable, que caía fuera de todas sus previsiones. Desde el momento que desembarcó y en los días y semanas subsiguientes, ni él ni sus compañeros vieron o hallaron rastros de aborígenes del lugar, a quienes de buenas o de malas pudieran indagar sobre la localización de las minas, al menos en forma general. Aquello parecía un desierto verde e insoldable, completamente desprovisto de habitantes. Olmos y sus acompañantes sabían que aquellas regiones eran pobladas y acertadamente suponían que el temor los había hecho replegar hacia el interior de las selvas. Pero ni él mismo ni sus compañeros españoles ni, menos, los peones indígenas que habían traído con ellos desde Guayaquil se atrevían a separarse mucho del campamento, por el recelo de ser atrapados en una emboscada. Así, pues, en la esperanza de que algún nativo pasara por casualidad por ahí, esperaron vanamente por semanas y meses mano sobre mano, hasta consumir todos los víveres que habían llevado. Al cabo de ese tiempo Olmos resolvió regresar por mar

también a Guayaquil en su barco y vender ahí sus costosos equipos, para así poder resarcirse de parte de los gastos. Su proyecto había sido fundar un pueblo en Atacames, que sirviera de base para la explotación de las minas. Para el efecto había llevado consigo, además del personal de trabajo, colonos voluntarios e indígenas que los sirvieran y se establecieran junto a ellos. Pero en vista de aquellas circunstancias imprevistas, abandonó también ese proyecto por inútil y arriesgado.

Mientras Jerónimo de Olmos se hallaba todavía acampado en las aparentemente desiertas playas de Atacames, desde Quito salía una *cuarta expedición* importante, a juzgar al menos por el número de personas enroladas en la misma. Su organizador era un hombre de gran influjo en la naciente ciudad. Se trataba de Don Gonzalo Días de Pineda. Aprovechando el sentimiento de frustración que los españoles habían experimentado al llegar a Quito y hallar la región desnuda de metales preciosos, apenas Alonso Hernández estuvo de regreso de su desastrosa gira en busca de camino hacia las minas de esmeraldas por Nono y las tierras de los Yumbos, Díaz de Pineda creyó que la ruta más fácil y directa era por el Suroeste y decidió ensayarla en la forma más efectiva. Doscientos hombres españoles, o sea la mitad de la población masculina de la recién fundada ciudad de Quito, se alistó para la empresa. Con ellos venían, además, ochenta indios o sea casi la totalidad de aborígenes que hasta ese tiempo se había logrado capturar o domesticar.

Díaz de Pineda y su gente se dirigieron al valle de Machachi y orillaron las faldas del Corazón y los Illinizas, tratando únicamente ahí de cruzar la Cordillera Occidental de los Andes. Pero aquel paso hacia la Costa es aun hoy día un intrincado laberinto de montañas y estribaciones de variable orientación, que desembocan en la garganta de Sigchos y la Cordillera de Chugchilán. La encajonada vertiente del río Toachi casi en sus orígenes resulta completamente infranqueable para los mismos nativos de la región. En consecuencia, Díaz de Pineda y su gente no hicieron otra cosa que vagar sin rumbo definido por meses y no tuvieron otra alternativa que emprender el regreso a Quito antes de perecer de inanición en aquellos bosques de alta montaña. Sin embargo, tampoco hubo víctimas en este cuarto intento por llegar a las minas de esmeraldas.

La *quinta* de las expediciones importantes fue acaudillada por el

propio Capitán Francisco de Orellana, joven pero experto explorador y valiente guerrero, el cual dos años más tarde iba a inmortalizarse con su descubrimiento del río Amazonas.

Orellana había barrido de Huancavilcas rebeldes la desembocadura del río Guayas y efectuado la fundación definitiva de Guayaquil en 1536. Sabemos que en el mes de Junio del año siguiente estuvo en la Ciudad de los Reyes con los hermanos Pizarro, pues aparece como testigo en una escritura a favor de Hernando Pizarro y suscribe otra escritura para la venta de un caballo. Por esos años debió recibir la adjudicación de una encomienda importante en tierra de los Cañaris, pues el 5 de Junio de 1538, en calidad de Gobernador de la ciudad de "Santiago de la Culata" otorgó también en Lima una carta-poder a favor de Sancho de la Carrera, autorizándolo para administrar dicha encomienda y representarle judicialmente en todo tipo de alegatos judiciales. En 1539 Francisco de Orellana volvió a estar en la Ciudad de los Reyes y probablemente entonces se planeó el descubrimiento y conquista del "País de la Canela", pues hay una escritura firmada por el tesorero real, Alonso de Riquelme, por virtud de la cual autoriza a Orellana para nombrar recaudador en las tierras por descubrir y colonizar. Dicha escritura tiene fecha de 1º de Abril de 1539.

La expedición de Orellana por tierras de Manabí y Esmeraldas debió tener lugar en el segundo semestre de 1539 y comienzos de 1540, una vez que Don Jerónimo de Olmos estuvo de regreso y se supo que por el lado de la playa no se podía obtener información local sobre la ubicación de las minas de esmeraldas.

Orellana había reclutado un alto número de indígenas para la proyectada expedición hacia el "País de la Canela" desde la ciudad de los Reyes hasta Guayaquil. Como de acuerdo a lo convenido con Francisco Pizarro antes de emprender aquel viaje Gonzalo Pizarro debía ser nombrado y tomar posesión de la gobernación de Quito, Orellana verosímilmente juzgó que tenía tiempo para ir por tierra hasta las misteriosas minas de esmeraldas en el corazón de las selvas ribereñas del Norte y hacer una selección del personal indígena que había reclutado.

Así, pues, emprendió su aventura con cincuenta españoles y más de quinientos indios. En su camino no tropezó con adversarios de consideración. Pero, a pesar de su talento para aprender las lenguas indí-



genas, tampoco consiguió datos precisos sobre la localización de las minas de esmeraldas, no obstante haber subido hasta cerca de Coaque. Como tenía prisa en volver, no fue más adelante y estuvo de regreso en Guayaquil a comienzo de 1540.

Durante la década de 1540-50 González Suárez enumera dieciséis expediciones principales, organizadas desde Quito y desde Pasto, para descubrir aquellas fabulosas minas de esmeraldas. Ninguna de ellas llevó una tropa mayor de cien hombres y, aunque en algunas llegó a perecer el mismo jefe (el Capitán Ochoa, por ejemplo) no hallaron otro obstáculo que la naturaleza abrupta e impenetrable, la cual les mantuvo a veces por años (el Capitán Galíndez desde Pasto) fuera del sitio a donde pretendían llegar. Nosotros no queremos cansar al lector con la enumeración de las peripecias sufridas en cada una de ellas, bastándonos subrayar el hecho sorprendente de que en los dieciséis años subsiguientes a la fundación de Quito fueron veintiuno las expediciones efectuadas por los colonos españoles para localizar las minas de esmeraldas.

5) *Los inmigrantes negros en las costas esmeraldeñas*

En realidad hasta 1550 desde Guayaquil, Quito y Pastos parecía que se había establecido una verdadera carrera de competencia para ver quién llegaba primero y era el afortunado en descubrir y explotar aquella fabulosa mina de piedras preciosas, cuyas muestras habían pasado del jubón del Padre Reginaldo a las manos de Carlos V después de la muerte de aquel prudentísimo fraile. Pero desde 1550 en adelante aquellas aventuras se hicieron menos frecuentes, porque de pronto en aquellas regiones se presentó un nuevo peligro que impuso más cautela y preparación. Cabello Balboa describe la naturaleza de este obstáculos en los siguientes términos:

“El año del Señor de 1553 por el mes de Octubre partió del puerto de Panamá un barco, una parte del cual (mercadería y negros)... pertenecía a un Alonso de Illescas, vecino de la Ciudad de Sevilla. El cual barco . . . se entretuvo muchos días sin poder seguir su viaje y, pasados treinta de su navegación, pudo hallarse doblado el Cabo de San Francisco, en una ensenada que se hace en

aquella parte que llamamos de Portete. Tomaron tierra en aquel lugar los marinos y saltaron a ella para descansar de una tan prolija navegación. Sacaron consigo a tierra diecisiete negros y diez negras que en el barco traían, para que les ayudasen a buscar algo que comer, porque ya no tenían con qué se poder sustentar, dejando el barco sobre un cable. Mientras ellos en tierra, se levantó un viento y marea, que le hizo venir a dar en los arrecifes de aquella costa. Los que en el ya quebrado barco habían venido pusieron su cuidado en espapar (con) algo de lo mucho que traían y sólo pudieron salvar una rica custodia de plata para el Monasterio de Santo Domingo en la Ciudad de los Reyes . . . Dejando enterrada la custodia, trataron de hacer su camino por tierra y . . . procuraron juntar los negros, los cuales y las negras se habían metido el monte adentro, sin propósito ninguno de volver a servidumbre. Visto por los marineros y pasajeros que el tiempo no daba lugar, se pusieron en camino, en el cual de hambre y sed y cansancio murieron casi todos. Y los que escaparon llegaron tan estragados y enfermos, que sólo sirvieron de mensajeros y testigos de sus calamidades y miserias, porque a pocos días murieron. Los negros, juntos y armados lo mejor que pudieron con las armas que del barco sacaron, se entraron a la tierra adentro, olvidando el peligro con la mucha hambre y fueron a dar en una población en aquella parte que llaman Pidi. Los bárbaros de ella, espantados de ver una escuadra de tan nueva gente, huyeron con la más nueva prisa que les fue posible y desampararon sus ranchos y aun sus hijos y mujeres. Y los negros se apoderaron de todo, especial de las comidas, que era lo que entonces más hacía a su propósito . . . (Aquellos negros) acordaron un decreto que sólo el demonio pudiera imaginar y fue de dar fin y remate de aquellos sus pocos amigos, que siempre fueron pocos los naturales de aquella parte de la tierra de no dejar vivos a más de aquella cantidad, que ellos pudiesen sujetar bienamente. El cual decreto se puso en ejecución con tanta crueldad, como se puede creer de gente desalmada y bárbara.

En la duración de esta temporada a la fama de sus hechos, no por amor sino por temor, los atrajeron a su devoción a los indios Ni-

guas, allí vecinos . . . (Los indios Niguas) comenzaron a tomar devoción con un negro de aquellos llamado Alonso, a quien los demás comenzaban a respetar aunque mozo, tanto por ser valiente como por ser ladino e industrioso en la guerra el que había sido aprendido la lengua de aquella tierra. Era este Alonso nacido en Cabo Verde y, siendo de la edad de ocho o diez años lo llevaron a Sevilla, donde se crió en casa del ya nombrado Alonso de Illescas . . . Llamóse siendo muchacho Enrique y después, confirmándose en Sevilla, se llamó Alonso. A este, pues, comenzaron los indios a tener amor sin doblez ninguno y le dieron por mujer una india hermosa, hija de un principal y muy emparentada, con cuyo favor de parientes, por las cautelas dignas de tal gente, vino a tener mando y señorío entre los negros y los indios”.

Tal fue la amenaza que se presentó desde 1552 en adelante para los buscadores de la mina de esmeraldas, que se atrevieran a poner sus pies en las antiguamente inofensivas playas de Atacames.

6) *Expedición de Alvaro López de Zúñiga*

El primer Presidente de la Real Audiencia de Quito (1564-1570), Don Hernando de Santillán, fue sin duda alguna un hombre dinámico y humanitario. El fue quien dio el primer impulso eficiente a la nueva forma de gobierno, con que la Corona española quiso distinguir a la Capital indígena de los Caras. Entre sus nuevas atribuciones una era la de fomentar nuevos descubrimientos. En consecuencia Santillán creyó que era su deber emprender en el descubrimiento y conquista de aquella dilatada región hacia el Noroeste de Quito, que por treinta años había obstaculizado su enlace directo con el Océano Pacífico. Confió esta ardua misión a un valeroso y acaudalado terrateniente de Guayaquil, don Alvaro López de Zúñiga. Este poderoso colono puso todo lo que pudo de su parte para el éxito completo de la misión. Reunió a ochenta españoles y los proveyó generosamente de armas, equipos y provisiones. Al frente de este grupo escogido de soldados, avanzó por tierra desde Guayaquil y fue penetrando cautamente primero en Manabí y luego en los confines de Esmeraldas, siguiendo en lo posible la ruta de Orellana. Asentado finalmente su cuartel general hacia el Noreste de Coaque,

despachó a un hijo suyo, llamado Diego, al frente de una numerosa patrulla de exploración, hacia los bosques del interior. El joven Diego López y su gente, a base de sagacidad y arrojo, lograron apoderarse de unos pocos aborígenes, entre los cuales con gran sorpresa hallaron a un mozo de raza negra. Siguiendo las informaciones de estos prisioneros y remontando el cauce de un río no conocido hasta entonces, dieron finalmente con la tribu de los Campas. Esta era justamente una de las parcialidades dominadas por los inmigrantes negros de 1533. A pesar de haber atacado por sorpresa uno de sus pequeños poblados aprovechando que los hombres estaban fuera de él, las mujeres de color, sus hijos menores y algunos indios lucharon desesperadamente por cuatro horas, al cabo de las cuales muchos de los soldados españoles se dieron a la fuga y el propio joven Diego López quedó malherido y a duras penas pudo escapar con vida. Informado Don Alvaro del peligro que corría su campamento si era contraatacado por los guerreros de aquellas parcialidades, acaudilladas y encabezadas por aquellos ejemplares del Africa que de pronto habían hecho su aparición en esos bosques, Don Alvaro resolvió levantar el campamento de inmediato y volver a Guayaquil.

7) *Expedición del Capitán Andrés Contero*

La derrota inferida a la gente de Don Alvaro López de Zúñiga fue atribuída al hecho de que el acaudalado terrateniente no era propiamente de un hombre de armas. Por esos años era Corregidor de Guayaquil el Licenciado Castro, el cual tenía vivo interés en descubrir por fin las famosas minas de esmeraldas. Era amigo suyo el Capitán Andrés Contero, un militar de larga experiencia en las guerras de guerrillas sumamente interesado también en el descubrimiento de las minas. Así, pues, los dos discutieron un amplio plan de rastreo, resguardado por una fuerte dotación militar. La expedición debió partir de prisa, pues se tenía noticias de que otro interesado en la explotación de aquellas piedras preciosas, Don Rodrigo de Ribadeneyra, andaba en esos días por Madrid tratando de conseguir del Rey la adjudicación exclusiva de su explotación.

Contero salió de Guayaquil en Octubre de 1568 con un verdadero

batallón de soldados. Remontó el río Babahoyo hasta donde era posible navegar, deteniéndose a cada momento y examinando los terrenos de ambas riberas con suma prolijidad. Después de tres meses de tan lenta navegación, hizo un alto en las cabeceras del río Babahoyo y fundó la ciudad de Castro en homenaje de su amigo, el Corregidor de Guayaquil. Pero en realidad aquella fundación había sido hecha todavía dentro de la jurisdicción de la Gobernación del Guayas, motivo por el cual fue posteriormente cancelada. La demora de Contero en llegar al territorio de Esmeraldas, el cual debía ser propiamente la zona de cateo, indujo en el año de 1569 a la Real Audiencia de Quito a ordenar la salida de Contero y confiar esa misión a otro hombre de armas que parecía ser más eficiente.

8) *Expedición del Capitán Martín Carranza*

El militar designado para esa misión por la Real Audiencia de Quito era el Capitán Alvaro Figueroa. Sin embargo, este oficial no era amigo del Corregidor Castro. Este temió que las soñadas minas de esmeraldas se le fueran de las manos, motivo por el cual apeló de inmediato al Virrey de Lima y consiguió que el mando de la expedición recayera en la persona del mismo Capitán Contero, respaldado esta vez por el aguerrido Capitán Martín Carranza. Además, en esta ocasión el Virrey prestó su apoyo para que se alistara un ejército regular de soldados españoles, reclutados desde Lima hasta Guayaquil, el cual llegó a contar con cuatrocientas plazas. Se los proveyó de buenas armas blancas, arcabuces, pólvora y hasta algunas piezas de artillería. La dirección militar de la campaña recayó en Carranza, que era yerno del Capitán Contero.

Esta era la expedición militar más vigorosa y mejor dotada de todas cuantas se habían organizado hasta entonces. De hecho la naciente ciudad de Guayaquil jamás había visto un ejército tan numeroso y bien dotado de soldados únicamente españoles. Salieron por vía marítima y desembarcaron sin contratiempo alguno en el puerto de Coaque, escogido como punto de partida para sus operaciones. Luego, poniendo en práctica las experiencias aprendidas en las campañas de guerras de guerrillas con los indios, avanzaron por la selva lenta y cautamente. Pero quizás

esta misma lentitud dio tiempo a que los negros de la región y los indígenas a quienes dominaban tuvieran tiempo para concentrarse y preparar la defensa. Al frente de ellos se hallaba el negro Alonso Illescas, a quien ya conocemos.

El comprendió que no sólo en campo abierto pero ni siquiera en una guerra prolongada de guerrillas habría sido capaz de defender las pequeñas poblaciones y las vidas de los suyos. En consecuencia ideó su propio plan de acuerdo a las circunstancias. Conociendo como conocía a maravilla las características del terreno, dejó avanzar a la tropa española sin contratiempos hasta ver que asentaban su campamento en un paraje adecuado. Luego de improviso se presentó él solo y sin armas, pidiendo hablar con los jefes de la expedición. Recibido por Carranza y sus oficiales, usando un tono cortés y buen lenguaje castellano, les explicó cómo él era en realidad la cabeza de una abundante población negra, mulata e indígena en sesenta kilómetros a la redonda; que su más vivo deseo era vivir en paz y mutuo entendimiento con los funcionarios del Rey, su Señor, siempre que ellos estuvieran dispuestos a reconocer a todos sus derechos a la libertad. Illescas habló tan hábil y convincentemente que aquella larga reunión terminó en un cordial abrazo con Carranza, el cual le invitó a pernoctar en el campamento y ser agasajado con una especie de banquete improvisado. Illescas accedió a todo eso y se comportó en la forma más gentil y comedida. Cuando se despidió al día siguiente, rogó al jefe español y a sus oficiales que ellos también se dignaran recibir el humilde homenaje que él y su gente deseaban brindarles en su propia casa de la montaña. Carranza y aquellos oficiales aceptaron con gusto y curiosidad de galante invitación del negro y en ese mismo día salieron con él hacia el interior de la montaña.

No se sabe qué sucedió después y si los oficiales españoles llegaron o no la casa de Alonso Illescas. Pero dos noches después, cuando los cuatrocientos soldados españoles dormían tranquilamente en su campamento, a la luz de la luna un ataque súbito y silencioso liquidó en instantes a los medio dormidos guardias. Probablemente Illescas y su gente lo habían espionado todo en aquel campamento, pues acto seguido se apoderaron de la pólvora y las piezas de artillería, para atacar luego a los desprevenidos soldados y matar a la mayor parte de ellos mientras dormían o trataban de escapar. Nadie llegó a usar siquiera su arcabuz.

Los sobrevivientes fueron perseguidos durante todo el día siguiente a través de la selva. A Portoviejo no lograron llegar sino diez o doce soldados.

Esta acción militar de Alonso Illescas le puso en posesión de un relativamente grande arsenal de armas y municiones, las cuales fueron cuidadosamente almacenadas en previsión de cualquier emergencia en el futuro.

Este fue el mayor desastre sufrido por los españoles desde su llegada a estas regiones de las Indias, en lo que a campañas militares se refiere. En Lima llegó a decirse y con razón que, si el propio Francisco Pizarro en su paso por la bahía de San Mateo y Coaque hubiera tropezado con esta clase de enemigos, habría perecido él y sus doscientos treinta mal armados hombres, pudiéndose salvar en esa forma el Imperio de los Incas.

Los episodios de valor, sadismo y astucia, protagonizados por Illescas y su gente, contados por los sobrevivientes a su llegada a Guayaquil, unidos al armamento español de que se habían apoderado, corrieron de boca en boca por la ciudad y se llegó a temer por la seguridad del mismo Puerto, en caso de que a Illescas se le ocurriera atacar a Guayaquil. Las encomiendas al Norte de Portoviejo fueron evacuadas y el nombre de Illescas, como si fuera el propio Lucifer, sirvió para hacer asustar a niños y viejos en las regiones de la Costa.

9) *Envío del Clérigo Miguel Cabello Balboa*

Tal era la fama que había adquirido la así llamada "Gobernación de Esmeraldas", cuando en 1570 Don Hernando de Santillán era sustituido en su cargo de Presidente de la Real Audiencia de Quito por don Pedro García de Valverde. Era evidente que el caudillo negro Alonso Illescas, representaba un serio peligro para la seguridad pública tanto en las ciudades de la Costa como aun en Quito, ciudad ubicada a las espaldas de aquellas montañas tropicales, sólo conocidas por quienes vivían en ellas. Por otro lado en aquellos años la Real Audiencia no podía contar con un ejército suficientemente numeroso y bien dotado como para penetrar en la selva y conjurar el peligro en forma definitiva.

Para los navíos procedentes de Panamá, que venían en busca de la

línea de la playa continental a esas alturas de la navegación, la bahía de San Mateo y el estuario del río Esmeraldas servían de contraseña inconfundible y, en consecuencia, todos los marinos precisaban mirarlos al menos a la distancia. Pero, a consecuencia del acarreo fluvial del caudaloso río, los bancos de arena se solían prolongar a gran distancia en su desembocadura, provocando constantemente encalladuras y naufragios.

Uno de estos percances ocurrió hacia fines de 1577 y los únicos sobrevivientes (entre los cuales había señoras y niños) lograron salir a aquellas playas desiertas y desconocidas. Al verse forzados a penetrar en la jungla en busca de alimentos, casualmente tropezaron con un grupo de negros y mulatos de los de Alonso Illescas, los cuales socorrieron a los náufragos con humildad y, como era orden de hacer siempre con esta clase de visitas, los condujeron finalmente a presencia de su jefe. También Illescas los trató con cortesía y procuró convencerlos a que se quedaran a vivir con ellos en la selva. Como los náufragos españoles rehusaran hacerlo en forma persistente, Illescas les manifestó que tenía los mejores deseos de vivir en buenas relaciones con las autoridades de Quito y, por lo mismo, no deseaba tener ninguna clase de dificultades a causa de los náufragos. En consecuencia, dispuso que se los proveyera de alimentos para el camino y se los guiara hasta las cercanías de Portoviejo.

Así se hizo en efecto y los sobrevivientes de aquel naufragio consiguieron llegar a Quito sanos y salvos, incluyendo las señoras y los niños. Los afortunados y agradecidos españoles contaron minuciosamente su aventura al Presidente de la Real Audiencia, el cual parecía no creer a lo que escuchaban sus oídos. Lo que más le llamó la atención fue el mensaje enviado por Illescas por intermedio de los náufragos, el cual expresaba el deseo de vivir en paz con la Real Audiencia, a condición de que a ellos se los dejara en libertad dentro de sus montañas.

Ante tan inesperada revelación García de Valverde creyó que la única forma de cerciorarse sobre las buenas intenciones de los negros era la de hacer llegar hasta sus playas una misión religiosa. La idea era original pero arriesgada, pues en la imaginación de todos estaba todavía vivo el recuerdo del ejército de Carranza, sádicamente sacrificado a manos de esa gente. El Presidente de la Real Audiencia conocía a un jo-

ven sacerdote español, que anteriormente había sido soldado en Flandes y por ese tiempo en Quito tenía fama de literato. Su nombre era Miguel Cabello Balboa, sobrino nieto del célebre descubridor del Océano Pacífico. García de Valverde pensó que quizás este clérigo, dados sus antecedentes de soldado y de poeta podría aceptar esta arriesgada misión. Así, pues, lo llamó a palacio y le propuso el proyecto, haciéndole presente tanto los móviles místicos como los mundanos de las minas de esmeraldas involucrados en la empresa.

El joven sacerdote aceptó de inmediato la idea del Magistrado, sin pensar en el riesgo que él mismo podía correr, antes con claras muestras de entusiasmo. Ante tal actitud el Presidente quedó un tanto perplejo. ¿A este eclesiástico le movía únicamente el celo por la difusión de la fe entre los infieles o tenía ya datos precisos sobre la mina de esmeraldas y quería ser el primero en explotarla? Tratando de inquirir sobre este último punto, García de Valverde tocó el tema de las esmeraldas. A este respecto el criterio de Cabello Balboa era definitivo como él mismo nos lo ha dejado escrito (*Relación de Esmeraldas*): “Desde su primer descubrimiento hasta hoy día se han hallado y hallan esmeraldas tan buena y de tantos quilates como las viejas de Alejandría o las que goza la Etiopía. Estas esmeraldas, según fui informado, se hallan en unas tierras que están y se muestran de Jama a Coaque, que es entre el Cabo Pasao y Quiximes (Cojimíes) es como adelante se dirá, las cuales sierras se llaman Compas”. Tal era, pues, el criterio de Cabello Balboa con respecto a la existencia de la mina de esmeraldas, el cual no disenta en nada con la opinión pública de la época. Esto, sin embargo, no nos da derecho a afirmar que para Cabello Balboa tal fue el móvil principal del viaje. Para el desarrollo de los acontecimientos seguiremos punto por punto su “*Relación de Esmeraldas*”, por ser esta la fuente natural de información de primera mano que nos ha quedado.

Cabello Balboa se hizo acompañar en su viaje por otro eclesiástico ex-soldado pero que para ese tiempo no era más que diácono, el cual se llamaba Juan de Cáceres Patiño. Luego hizo aprobar su presupuesto de gastos por el propio Virrey de Lima, Francisco de Toledo, de quien recabó, además, un indulto general para el caudillo de color, Alonso Illescas, su yerno el portugués Gonzalo de Avila, sus socios Juan y Francisco, los negros y mulatos establecidos en la región y todos los aboríge-

nes a sus órdenes. Finalmente admitió en su compañía a sólo cuatro españoles, los cuales desde Guayaquil se redujeron a dos: Juan de Reina y Juan de Santa Cruz, además de un muchacho nacido en Manta, que se llamaba Diego de Mendoza.

La pequeña caravana fue de Quito a Guayaquil, en donde Cabello Balboa alquiló una embarcación. Una vez puestos en ella los enseres de iglesia, los víveres para el viaje y un gran surtido de regalos para los morenos y aborígenes de la región por conocer, salieron de ese puerto el 25 de Agosto de 1577 y, después de haberse detenido un corto tiempo en la península de Santa Elena "hasta haber curiosamente mirado y considerado las notables memorias que allí se ven de los robustos y corpulentos gigantes", llegaron a Manta el 5 de Septiembre del mismo año. De ahí pasaron a Portoviejo para la celebración de la fiesta de las Marías ("el nacimiento de la Virgen Santa María"). Vueltos otra vez a Manta después de las fiestas, salieron para Atacames el 15 del mismo mes. Cabello Balboa había escogido las playas de Atacames, por cuanto tenía noticias de que Alonso Illescas solía salir a ellas con relativa frecuencia. El haber escogido este lugar de la costa y no Coaque y sus alrededores, en donde, según nos ha dicho, pensaba él que debían estar las minas de esmeraldas, parece revelar que sus intereses giraban en torno a los infieles de la región antes que las piedras preciosas dejadas a sus espaldas.

Tan pronto como saltaron a tierra y bajaron su equipaje, Cabello Balboa sin consultar a nadie dio órdenes al dueño del navío, para que los dejara ahí solos y se volviera a Guayaquil durante la noche.

Al día siguiente los cuatro expedicionarios y tres indios que habían traído desde Manta se dedicaron a levantar con palos y ramas recogidos por la playa dos chozas o cabañas, una de las cuales había de servir de capilla de la Virgen y otra de habitación para ellos mismos. Balboa menta "el río", que más tarde aparece como muy ancho y navegable aunque interrumpido por esteros y manglares a once kilómetros de la desembocadura. Parece indudable que se refiere a nuestro río Esmeraldas, aunque él en ningún momento lo llama por este nombre. Así, pues, los parajes comprendidos entre la ensenada de Atacames y la desembocadura del río Esmeraldas van a ser el escenario principal de la aventura de estos cuatro arriesgados aventureros.

Una vez concluídas das dos chozas o ramadas, se dedicaron a construir una balsa "mediana" con la madera adecuada de la región y las amarras que habían traído. Terminado este trabajo a completa satisfacción, Cabello Balboa quiso aprovechar la subida de la marea del segundo día y se embarcó con Reina para hacer una inspección en torno a las riberas. Aquél día avanzaron por unos once kilómetros, hasta el puesto en donde comenzaban los esteros y manglares. Procuraron pasar adelante pero el brazo escogido primero y luego los restantes les parecieron infranqueables. Así volvieron entonces atrás con la intención de seguir explorando en los días subsiguientes.

Ante la absoluta ausencia de rastros de vida humana y previendo por ese motivo una larga espera en aquel paraje, Cabello Balboa creyó prudente enviar de regreso hacia Manta y Portoviejo al joven Diego de Mendoza y a los tres indios, con el fin de que dieran aviso ahí de lo sucedido y volvieran después de un mes con nuevas provisiones.

Mendoza y los tres indios partieron el 5 de Octubre y después de muchas aventuras llegaron sanos y salvos a su destino. Mientras tanto los que se habían quedado en Atacames idearon una estratagema para ser vistos u oídos por los moradores de la región. Esta consistía en salir todas las tardes por la playa y tañir por largo rato una campana que habían traído. Pero esto no dio aparentemente resultado alguno por varios días.

Finalmente en una de aquellas despejadas mañanas de Octubre salieron Cabello y Cáceres en su balsa hacia las orillas septentrionales del río y, caminando allí por entre la maleza, de pronto les pareció ver a la distancia a tres indios. Trataron de darles alcance siguiéndoles el rastro pero en pocos minutos los perdieron de vista y sus huellas desaparecieron en el cruce de un estero. Sin embargo, regresaron a su pequeño campamentos llenos de optimismo y contaron la buena nueva a sus compañeros.

Nada extraordinario sucedió en los doce días subsiguientes. Pero en la tarde de aquel último día, cuando el diácono Cáceres se hallaba sentado a la orilla del río pescando, de pronto vio a lo lejos entre la espesura una gran canoa. Ante semejante espectáculo, el diácono, simulando indiferencia, fue en busca del sacerdote Cabello Balboa, el cual en ese instante se hallaba lejos paseando por la orilla del mar. Llegado



junto a su compañero, le comunicó lo que acababa de ver. Aunque a su regreso la canoa resultaba casi invisible, ambos la pudieron ver y dieron aviso de ello a sus compañeros. Al mismo tiempo les recordó a sus dos amigos españoles lo que varias veces les había repetido antes, de que depusieran toda posible ambición sobre el oro o las esmeraldas de la región, para no despertar presunciones adversas en los tripulantes de la canoa.

Al cabo de una larga espera la canoa fue emergiendo de la maleza y acabó de aparecer en la mitad del río. Era una bella embarcación de diez metros de largo. A esa hora la marea estaba bajando y la barca se dejó llevar blandamente a merced de la corriente, hasta quedar a corta distancia de los cuatro españoles. Entonces su tripulación comenzó a maniobrar para mantenerla fija. Los expedicionarios pudieron ver entre los pasajeros la corpulenta y autoritaria figura de un bien presentado negro, el cual con voz alta y firme preguntó en castellano:

“¿Gente de paz o de guerra?”

Juan Reina respondió al punto: “¡De paz, Señor Don Alfonso Illescas! Llegue vuestra Merced acá, que el Señor Vicario aquí presente lo viene buscando”.

Cabello Balboa, tratando de dominar su nerviosismo, añadió: “Venga, Señor Don Alonso Illescas. Goce del bien y merced que Dios nuestro Señor y su Majestad le hacen en este día”.

Entonces el negro replicó: “Alonso me llamo a secas y no Don Alonso”.

Cabello Balboa volvió a decir en respuesta: “El Rey, que es quien puede ser ese título, así lo ha hecho. Salte a tierra y lo verá por escrito”.

Al oír estas palabras, el corpulento negro no respondió sino que en voz baja habló con los que estaban a su ruêdo en la canoa. Finalmente pareció que entre todos habían resuelto acercarse algo más para reconocer mejor a los extranjeros y los parajes en torno a ellos. Después de haberlo hecho, el negro se dirigió a uno de ellos y dijo en voz alta:

“¿Qué busca vuestra Merced en nuestra tierra, Señor Juan de Reina?”

El español respondió: “Pues, ver a vuestra Merced y presentarle al Señor Vicario. ¡Salte a tierra!”

Illescas ordenó entonces a su tripulación conducir la canoa a la ori-

lla y él fue el primero en saltar a tierra. Su actitud ya no era arrogante sino más bien modesta y ceremoniosa. Tomando casi por fuerza la mano del sacerdote, la besó. Igual cosa hicieron su yerno el portugués Gonzalo de Avila y todos los demás, terminando el saludo con estrechos abrazos a los españoles. Entonces estos últimos rodearon a Illescas y le invitaron a visitar la improvisada capilla. Una vez adentro de ella, el negro se arrodilló devotamente, oró por largo rato y cuando se levantó tenía el rostro arrasado en lágrimas.

A continuación pasaron al otro covertizo de ramas y, una vez sentados en el suelo a la redonda, el Vicario Cabello Balboa les dirigió una larga plática, para explicar a los presentes cuáles eran los motivos sobrenaturales que él había tenido en venir a quedarse en aquellas playas y cómo su Majestad, el Rey de España, concedía el más amplio indulto a todos por las guerras pasadas, a condición de que en lo futuro se sometieran a las legítimas autoridades y respetaran la vida y propiedades de los demás. Acabada esta exposición, el diácono Cáceres les mostró el pliego del Decreto firmado por el Virrey, según el cual Illescas no sólo había sido indultado sino, además, nombrado Gobernador de su Majestad en la provincia de Esmeraldas. El negro, después de examinar el escrito con cuidado, señalando el sello y la firma al pie del mismo, dijo con alegre asombro:

“Estas son las armas del Rey, mi Señor, que bien conozco”.

A continuación, después de besar el documento, lo puso sobre su cabeza y exclamó:

“¡Señor Vicario! Mi cabeza y las de mis hijos y compañeros os encomiendo como a mi señor y padre. La tierra y cuanto en ella hay es de su Majestad. Os doy la obediencia mía y de los que están a mi cargo a diez leguas (55 kilómetros) a la redonda de mi casa. Yo en vuestro nombre Señor Vicario, iré y os los traeré a esta playa”.

Acto seguido se sirvió una cena improvisada pero llena de alegría. La nota culminante de la cena, que llenó de asombro a los visitantes, fue el brindis final que se hizo con “vino del Perú”.

Terminada la comida y estando ya todos de pie, Illescas llamó aparte al sacerdote y, mientras paseaban por la playa, le dijo:

“Paréceme, Señor Vicario, que por venir a verme y comunicarme tan gran beneficio, vos habéis gastado vuestra fortuna, a tal punto de

quedaros sin servicio. Dejad que junte entré mis hermanos mil pesos de oro, para que os proveáis de un par de negros que os sirvan”.

Para hacer ostensible su desprendimiento, el sacerdote rehusó tal ofrecimiento y, cambiando el tema, le preguntó cómo supo la presencia de los españoles en aquel sitio. Illescas despondió:

“Hace tres días dos de mis indios, que venían por la bahía de San Mateo en el silencio de la mdarugada, oyeron cantar a un gallo, cosa para ellos totalmente desconocida. Intrigados por semejante novedad, saltaron a tierra y se acercaron a vuestros ranchos sin hacer el más mínimo ruido. Tan cerca de vosotros llegaron, que os habrían podido suprimir al ser gente de guerra. Lo visto confirmaron al otro día, espíandoo desde aquel montecillo vecino. Luego los indios vinieron a mi casa y me dieron la noticia”.

En estas y otras conversaciones se les pasó gran parte de la noche. Finalmente todos se retiraron a descansar. Al otro día, después de asistir a la misa y luego al almuerzo, Illescas invitó a los clérigos a visitar su aldea y se despidió con grandes muestras de amistad. Cáceres aceptó la invitación y se fue río arriba con ellos por varios días.

Mas a los cinco días de su partida, cuando los españoles se hallaban esperando su regreso, de pronto en el horizonte apareció un navío, que daba la impresión de navegar al gareté. Finalmente entró en la bahía y echó anclas en ella. Aquella detención se prolongó por todo aquel día y el siguiente, durante el cual estuvo de regreso el diácono Cáceres, acompañado por el portugués Avila y otros jefes. Illescas no había podido venir por una herida en el pie. Tan pronto como saltaron a tierra los de la canoa, Avila pidió un lienzo blanco y lo amarró a un palo para hacer señales al navío. Entonces del barco saltaron a un bote tres marinos y llegaron a la orilla. Uno de ellos era portugués y amigo de Avila. Los dos conversaron largamente y se hicieron encargos. Luego comieron lo que se les brindó con un “hambre atrasada de más que quince días”. Finalmente se despidieron prometiendo regresar al día siguiente.

Así lo hicieron en efecto y se juntaron los españoles del navío con los de la playa, concertando negocios, comiendo juntos y conversando alegremente todo el día.

Al tercer día partieron tanto los del navío como los de la montaña. Días más tarde Illescas despachó a Avila, para que informara al sacerdo-

te que pronto verían por el río gran cantidad de embarcaciones con su gente, para congregarse ahí de acuerdo a lo ofrecido.

Después de aquel mensaje pasaron varios días, al cabo de los cuales los españoles pudieron ver al otro lado del río a unos cincuenta indios en torno a una canoa que verosíblemente había encallado en un estero. Pero ahí se quedaron todo aquel día y el siguiente.

Cuando eran más o menos las diez de la mañana de ese segundo día, de pronto apareció en el horizonte una vela, que se fue dirigiendo lentamente hacia la bahía. A medio día pudieron darse cuenta los españoles de la orilla que se trataba sólo de una balsa grande. Pero antes de esa hora los indios y mulatos reunidos al otro lado del río en el estero comenzaron a disminuir y pronto desaparecieron por completo.

A la tarde atracó la balsa, que procedía de Manta con la ayuda solicitada hacía más de un mes por Cabello Balboa por medio de Diego de Mendoza. El sacerdote y los otros españoles conjeturaron que tal vez Illescas y su gente habían vuelto definitivamente a la montaña, recelando que el envío del Vicario era únicamente un sebo para atraparlos.

Para cerciorarse de ello Cabello Balboa, Cáceres y los indios venidos de Manta subieron río arriba hasta el lugar de los manglares. Allí pudieron observar claramente cómo los negros y su gente, después de acabar de destrozarse la canoa averiada, habían armado toda una barrera con palos recién cortados para obstruir por completo el paso por el río. A sus orillas todos los árboles frutales habían sido destruidos.

Vueltos al campamento, el experimentado Juan Reina y los demás recordaron el caso del Capitán Carranza y opinaron que, de quedarse ahí o violar la barrera del río, ellos podrían correr la misma suerte. Así, pues, Cabello Balboa no tuvo otra alternativa que salir de prisa de aquel sitio, llevando consigo lo estrictamente necesario.

Tal fue el final de esta fugaz aventura evangélica en las playas de Atacames. En todo caso a su vuelta pudo asegurar en Quito: "Hay mucho oro en la tierra . . . esmeraldas no vimos ninguna".

10) *Las dos nuevas expediciones militares de Diego López*

Este Capitán, el cual siendo mozo todavía había acompañado a su padre en la campaña de 1568 y salido entonces gravemente herido, en

1579 se había hecho acreedor a los elogios del Virrey por la pacificación efectuada entre los indios del Oriente y había aprovechado la ocasión para solicitar la gobernación de Esmeraldas. Tan extraño privilegio le fue concedido de inmediato. Como para posesionarse de su cargo debía utilizar necesariamente las armas, la Real Audiencia de Quito puso a sus órdenes cien soldados que por aquellos tiempos era lo que más se podía hacer a su favor.

El error que una vez más cometió la Real Audiencia fue mandar que esta nueva expedición fuera por el "camino de los Yumbos". Esto quería decir que Diego López y su gente debían transmontar el macizo del Pichincha por Nono, para luego descender de la Cordillera por los abismos y desfiladeros de Pacto Mindo o Gualea. Esta desesperada travesía costó la vida a muchos de sus soldados y se prolongó por cuatro meses, al cabo de los cuales los sobrevivientes fueron a salir a Manabí y no a Esmeraldas como se habían propuesto.. Por este motivo Alonso Illescas y su gente ni siquiera llegaron a percatarse de aquel nuevo intento de invasión militar.

En 1585 Diego López hizo una nueva tentativa con los restos de la fortuna adquirida por su padre y derrochada en esta clase de proyectos por más de quince años. En esta ocasión sólo alcanzó a contratar veinticinco soldados. Por aquellos años había llegado a la presunción de que la mina de piedras preciosas debía quedar en algún sitio al Norte del río Esmeraldas, pues las regiones del Sur habían sido rastreadas durante medio siglo. Esperaba que, una vez descubierta aquella mina, había de recuperar con creces todo el dinero invertido por él mismo y por su padre, para poder entonces ejercer con eficiencia y dignidad el puesto de gobernador de la provincia de Esmeraldas solicitado por él mismo.

Como fruto de sus experiencias anteriores esta vez fue por mar hasta la desembocadura del río Esmeraldas. El éxito le acompañó momentáneamente, pues dentro de la bahía de San Mateo logró tomar prisionero entre otros indios al "negro Antonio", un cacique importante de la parte Septentrional del río. Sin embargo, los nativos capturados, a pretexto de conducirlo a las poblaciones importantes de los negros, le guiaron a una zona húmeda y pantanosa. En tal paraje no resultó difícil al negro Antonio y a los indios cautivos fugarse. Por otro lado las enfermedades tropicales comenzaron a atacar a sus soldados, varios de los

cuales tuvieron que desertar para no morir. El mismo, al tratar de cruzar uno de los afluentes del río Santiago, no pudo impedir que su canoa se volcara, perdiendo en el percance víveres, armas y equipaje. Al cabo de varios meses consumidos en semejante odisea, con mucha suerte salió con vida él con sólo diez de sus soldados a la ciudad de Portoviejo, aunque las enfermedades adquiridas en esta última expedición le ocasionaron una muerte prematura.

11) *Las misiones de los frailes Mercedarios a fines del Siglo XVI*

Después de este último desastre nadie más se atrevió a organizar y financiar nuevas campañas militares para descubrir y explotar las legendarias minas de esmeraldas. Pero ya en la última década del Siglo XVI y durante la administración de Don Esteban de Marañón, enviado especial de la Corte para liquidar la revuelta de las Alcabalas, el Padre Comendador del Convento de la Merced de Quito, Fray Juan Salas, se comprometió a tomar a su cargo, no ciertamente la localización de las minas de esmeraldas, sino la obra de la difusión de la fe cristiana entre los infieles de aquellas regiones, que hasta entonces no habían sido tomados en cuenta.

El Padre Salas escogió para aquellas misiones peligrosas a cuatro religiosos de su comunidad. Tres de ellos, haciendo de superior un sacerdote llamado Gaspar de Torres, avanzaron por mar desde Guayaquil y comenzaron su penetración desde la desembocadura del río Santiago. El Padre Torres, a base de mucha paciencia, valor y abnegación, logró al cabo de años remontar el río Santiago y penetrar en la región de los indios Cayapas, en donde fundó dos pueblos: Guadalupe y Espíritu Santo. Como fruto de su apostolado en esas montañas, administró el bautismo a cerca de dos mil indígenas.

El otro religioso designado para esas regiones por el Padre Comendador Salas se llamaba Juan Bautista Burgos. Este sacerdote penetró por las playas de Atacames, tal como años antes había tratado de hacerlo Cabello Balboa. Después de haber gastado algunos años por las montañas de los alrededores como misionero profesional que era, logró penetrar a la tribu de los Campas, la cual desde muchos años atrás había sido dominada y organizada por el célebre caudillo de color, Alonso

Illescas. Para ese tiempo aquel negro, cuyo valor y astucia habían hecho estremecer de terror las incipientes ciudades de la Costa, había muerto ya en paz, como soberano de la tribu de los Campas, rodeado de sus hijos, nietos y bisnietos. Por los años en que el Padre Burgos llegó a aquella parcialidad, el hijo suyo mayor, Sebastián Illescas, era quien gobernaba la tribu de los Campas. Su actitud fue hostil y déspota al comienzo ante la aparente debilidad del indefenso misionero, a pesar de que por entonces no tuvo otra alternativa que tolerarlo. Burgos, usando siempre el tino y la paciencia, hizo poco a poco muchos amigos fieles entre negros y mulatos. Finalmente, después de algunos meses de residir entre ellos según nos cuenta González Suárez, "Sebastián se rindió y pidió el bautismo".

12) *Los "negros esmeraldeños" en Quito y Madrid hacia fines del Siglo XVI*

En la última década del Siglo XVI la Corte de Felipe II había solicitado a los diversos virreinos de las Indias el que se enviaran pinturas folklóricas de los pueblos aborígenes de América, para ilustrar con ellos las crónicas que debían publicarse en la Metrópoli sobre tópicos del Nuevo Mundo. La ordenanza recibida por el Virrey de Lima fue transmitida a la Real Audiencia de Quito y confiada en dicha ciudad al cuidado del Oidor Sepúlveda y al Obispo Monseñor Solís para su ejecución. Por otra parte tanto el misionero de los indios Cayapas, Padre Gaspar de Torres, como el de los Campas, Padre Juan Bautista Burgos, se hallaban de visita en Quito. Ambos se habían hecho presentes en la capital de la Real Audiencia trayendo con ellos algunas muestras de los infieles a quienes habían evangelizado. Tanto el Oidor como el Obispo vieron en aquellos exóticos huéspedes los modelos perfectos para dar cumplimiento a la ordenanza de la Corona española. Solís y Sepúlveda confiaron sus encargos a los artistas de su preferencia en la ciudad, dejando a la posteridad recuerdos imborrables de aquella época.

De entre toda aquella producción artística, uno de los cuadros que han sobrevivido al cabo de casi cuatro siglos es el que hoy día se exhibe en el museo de Arqueología de Madrid y titula "Los Negros Esmeraldeños". Fue ejecutado por el célebre pintor Andrés Sánchez

te que pronto verían por el río gran cantidad de embarcaciones con su gente, para congregarse ahí de acuerdo a lo ofrecido.

Después de aquel mensaje pasaron varios días, al cabo de los cuales los españoles pudieron ver al otro lado del río a unos cincuenta indios en torno a una canoa que verosíblemente había encallado en un estero. Pero ahí se quedaron todo aquel día y el siguiente.

Cuando eran más o menos las diez de la mañana de ese segundo día, de pronto apareció en el horizonte una vela, que se fue dirigiendo lentamente hacia la bahía. A medio día pudieron darse cuenta los españoles de la orilla que se trataba sólo de una balsa grande. Pero antes de esa hora los indios y mulatos reunidos al otro lado del río en el estero comenzaron a disminuir y pronto desaparecieron por completo.

A la tarde atracó la balsa, que procedía de Manta con la ayuda solicitada hacía más de un mes por Cabello Balboa por medio de Diego de Mendoza. El sacerdote y los otros españoles conjeturaron que tal vez Illescas y su gente habían vuelto definitivamente a la montaña, recelando que el envío del Vicario era únicamente un sebo para atraparlos.

Para cerciorarse de ello Cabello Balboa, Cáceres y los indios venidos de Manta subieron río arriba hasta el lugar de los manglares. Allí pudieron observar claramente cómo los negros y su gente, después de acabar de destrozar la canoa averiada, habían armado toda una barrera con palos recién cortados para obstruir por completo el paso por el río. A sus orillas todos los árboles frutales habían sido destruidos.

Vueltos al campamento, el experimentado Juan Reina y los demás recordaron el caso del Capitán Carranza y opinaron que, de quedarse ahí o violar la barrera del río, ellos podrían correr la misma suerte. Así, pues, Cabello Balboa no tuvo otra alternativa que salir de prisa de aquel sitio, llevando consigo lo estrictamente necesario.

Tal fue el final de esta fugaz aventura evangélica en las playas de Atacames. En todo caso a su vuelta pudo asegurar en Quito: "Hay mucho oro en la tierra . . . esmeraldas no vimos ninguna".

10) *Las dos nuevas expediciones militares de Diego López*

Este Capitán, el cual siendo mozo todavía había acompañado a su padre en la campaña de 1568 y salido entonces gravemente herido, en

1579 se había hecho acreedor a los elogios del Virrey por la pacificación efectuada entre los indios del Oriente y había aprovechado la ocasión para solicitar la gobernación de Esmeraldas. Tan extraño privilegio le fue concedido de inmediato. Como para posesionarse de su cargo debía utilizar necesariamente las armas, la Real Audiencia de Quito puso a sus órdenes cien soldados que por aquellos tiempos era lo que más se podía hacer a su favor.

El error que una vez más cometió la Real Audiencia fue mandar que esta nueva expedición fuera por el "camino de los Yumbos". Esto quería decir que Diego López y su gente debían transmontar el macizo del Pichincha por Nono, para luego descender de la Cordillera por los abismos y desfiladeros de Pacto Mindo o Gualea. Esta desesperada travesía costó la vida a muchos de sus soldados y se prolongó por cuatro meses, al cabo de los cuales los sobrevivientes fueron a salir a Manabí y no a Esmeraldas como se habían propuesto. Por este motivo Alonso Illescas y su gente ni siquiera llegaron a percatarse de aquel nuevo intento de invasión militar.

En 1585 Diego López hizo una nueva tentativa con los restos de la fortuna adquirida por su padre y derrochada en esta clase de proyectos por más de quince años. En esta ocasión sólo alcanzó a contratar veinticinco soldados. Por aquellos años había llegado a la presunción de que la mina de piedras preciosas debía quedar en algún sitio al Norte del río Esmeraldas, pues las regiones del Sur habían sido rastreadas durante medio siglo. Esperaba que, una vez descubierta aquella mina, había de recuperar con creces todo el dinero invertido por él mismo y por su padre, para poder entonces ejercer con eficiencia y dignidad el puesto de gobernador de la provincia de Esmeraldas solicitado por él mismo.

Como fruto de sus experiencias anteriores esta vez fue por mar hasta la desembocadura del río Esmeraldas. El éxito le acompañó momentáneamente, pues dentro de la bahía de San Mateo logró tomar prisionero entre otros indios al "negro Antonio", un cacique importante de la parte Septentrional del río. Sin embargo, los nativos capturados, a pretexto de conducirlo a las poblaciones importantes de los negros, le guiaron a una zona húmeda y pantanosa. En tal paraje no resultó difícil al negro Antonio y a los indios cautivos fugarse. Por otro lado las enfermedades tropicales comenzaron a atacar a sus soldados, varios de los

cuales tuvieron que desertar para no morir. El mismo, al tratar de cruzar uno de los afluentes del río Santiago, no pudo impedir que su canoa se volcara, perdiendo en el percance víveres, armas y equipaje. Al cabo de varios meses consumidos en semejante odisea, con mucha suerte salió con vida él con sólo diez de sus soldados a la ciudad de Portoviejo, aunque las enfermedades adquiridas en esta última expedición le ocasionaron una muerte prematura.

11) *Las misiones de los frailes Mercedarios a fines del Siglo XVI*

Después de este último desastre nadie más se atrevió a organizar y financiar nuevas campañas militares para descubrir y explotar las legendarias minas de esmeraldas. Pero ya en la última década del Siglo XVI y durante la administración de Don Esteban de Marañón, enviado especial de la Corte para liquidar la revuelta de las Alcabalas, el Padre Comendador del Convento de la Merced de Quito, Fray Juan Salas, se comprometió a tomar a su cargo, no ciertamente la localización de las minas de esmeraldas, sino la obra de la difusión de la fe cristiana entre los infieles de aquellas regiones, que hasta entonces no habían sido tomados en cuenta.

El Padre Salas escogió para aquellas misiones peligrosas a cuatro religiosos de su comunidad. Tres de ellos, haciendo de superior un sacerdote llamado Gaspar de Torres, avanzaron por mar desde Guayaquil y comenzaron su penetración desde la desembocadura del río Santiago. El Padre Torres, a base de mucha paciencia, valor y abnegación, logró al cabo de años remontar el río Santiago y penetrar en la región de los indios Cayapas, en donde fundó dos pueblos: Guadalupe y Espíritu Santo. Como fruto de su apostolado en esas montañas, administró el bautismo a cerca de dos mil indígenas.

El otro religioso designado para esas regiones por el Padre Comendador Salas se llamaba Juan Bautista Burgos. Este sacerdote penetró por las playas de Atacames, tal como años antes había tratado de hacerlo Cabello Balboa. Después de haber gastado algunos años por las montañas de los alrededores como misionero profesional que era, logró penetrar a la tribu de los Campas, la cual desde muchos años atrás había sido dominada y organizada por el célebre caudillo de color, Alonso

Illescas. Para ese tiempo aquel negro, cuyo valor y astucia habían hecho estremecer de terror las incipientes ciudades de la Costa, había muerto ya en paz, como soberano de la tribu de los Campas, rodeado de sus hijos, nietos y bisnietos. Por los años en que el Padre Burgos llegó a aquella parcialidad, el hijo suyo mayor, Sebastián Illescas, era quien gobernaba la tribu de los Campas. Su actitud fue hostil y déspota al comienzo ante la aparente debilidad del indefenso misionero, a pesar de que por entonces no tuvo otra alternativa que tolerarlo. Burgos, usando siempre el tino y la paciencia, hizo poco a poco muchos amigos fieles entre negros y mulatos. Finalmente, después de algunos meses de residir entre ellos según nos cuenta González Suárez, "Sebastián se rindió y pidió el bautismo".

12) *Los "negros esmeraldeños" en Quito y Madrid hacia fines del Siglo XVI*

En la última década del Siglo XVI la Corte de Felipe II había solicitado a los diversos virreinos de las Indias el que se enviaran pinturas folklóricas de los pueblos aborígenes de América, para ilustrar con ellos las crónicas que debían publicarse en la Metrópoli sobre tópicos del Nuevo Mundo. La ordenanza recibida por el Virrey de Lima fue transmitida a la Real Audiencia de Quito y confiada en dicha ciudad al cuidado del Oidor Sepúlveda y al Obispo Monseñor Solís para su ejecución. Por otra parte tanto el misionero de los indios Cayapas, Padre Gaspar de Torres, como el de los Campas, Padre Juan Bautista Burgos, se hallaban de visita en Quito. Ambos se habían hecho presentes en la capital de la Real Audiencia trayendo con ellos algunas muestras de los infieles a quienes habían evangelizado. Tanto el Oidor como el Obispo vieron en aquellos exóticos huéspedes los modelos perfectos para dar cumplimiento a la ordenanza de la Corona española. Solís y Sepúlveda confiaron sus encargos a los artistas de su preferencia en la ciudad, dejando a la posteridad recuerdos imborrables de aquella época.

De entre toda aquella producción artística, uno de los cuadros que han sobrevivido al cabo de casi cuatro siglos es el que hoy día se exhibe en el museo de Arqueología de Madrid y titula "Los Negros Esmeraldeños". Fue ejecutado por el célebre pintor Andrés Sánchez

Gallque. Como lo dice su misma inscripción, en él se presentan los retratos de Don Fernando Arobe y sus dos hijos, Domingo y Pedro. Aparecen ataviados con finos trajes a la usanza de los nobles hacia fines del Siglo XVI pero llevan, como nota folklórica característica, agudas lanzas en sus manos, vistosos pendientes en sus orejas y abultadas narigueras en sus narices, como si en realidad se tratara de auténticos ejemplares africanos. La robustez de sus cuerpos y el garbo de sus expresiones son realmente sorprendentes, en medio de infinidad de detalles costumbristas.

Una anécdota de la época refiere que a quien el Obispo Solís quiso hacer retratar fue al propio Sebastián Elscas, el cual se hallaba también presente en Quito por aquellos días. Pero el hijo del célebre caudillo esmeraldeño se negó obstinadamente a posar ante Sánchez Gallque. Intrigado el Prelado ante negativa tan rotunda, preguntó a Sebastián:

“¿De qué proviene la obstinación de vuestra Merced de no posar unas pocas horas ante el maestro Sánchez?”

El moreno Gobernador contestó: “Pues, a que mis aretes y narigueras llevan esmeraldas y la gente aquí al verlas van a imaginar que hay minas de ellas en mi tierra, con lo cual volverán a molestarnos con sus mohosos mosquetes y sus estómagos insaciables”.

El hecho es que desde comienzos del Siglo XVII los buscadores de fáciles fortunas se olvidaron de las minas de esmeraldas, las cuales durante setenta años, en vez de rendir riquezas, habían desbaratado enormes patrimonios y cobrado centenares de vidas. En aquella época nadie tuvo ojos para ver que toda aquella inmensa zona, cubierta por bosques primitivos exuberantes, constituía en sí misma una gigantesca esmeralda por labrar. Menos aún comprendieron esos hombres los tesoros de dinamismo y coraje que encerraban sus morenos habitantes, ellos sí capaces de defender su propio territorio contra todo y contra todos, a pesar de no disponer de otras armas que su bravura y los intrincados laberintos de su lugar natal.

A diferencia de los esclavos negros traídos al resto de las Indias, la raza de color en Esmeraldas fue libre desde sus orígenes. Al primer barco encallado en la bahía de San Mateo le siguieron varios más en el Siglo XVI y XVII, de los cuales los esclavos negros escapaban indefecti-

blemente al refugio de la selva en busca de su libertad. De igual forma en la Colonia y comienzos de la República todo esclavo de color en la Costa, la Sierra y el Sur del Virreinato de Nueva Granada, que no estaba conforme con sus amos y tenía agallas suficientes para huir, sabía que en Esmeraldas había de encontrar la ciudadela inexpugnable de su libertad. Tal es la historia de nuestra población morena de Esmeraldas, la cual hoy día pasa de 200.000 habitantes.

Respecto al fabuloso tópico de las esmeraldas, aun hoy día no parece prudente descartar la posibilidad de su existencia. La tradición del Siglo XVI las ha ubicado en algún paraje en torno a la población de Coaque desde las orillas meridionales del río Esmeraldas hasta Jama. Hoy día el Mapa Geológico del Ecuador, levantado en 1969 con la asistencia del Gobierno francés, coloca una amplia franja de rocas formadas por areniscas silicosa en la latitud cero de la costa desde Jama hasta Pedernales al pie de las montañas de Moche. Siendo como es la esmeralda un silicato de aluminio y glucinio con óxido de cromo, no sería completamente extraño descubrirla en algún punto de aquellas rocas de aluminio y sílice.

Sin embargo, más verosímil parece ser que las esmeraldas históricas de Coaque proveyeran de las ricas minas de Boyacá en Colombia, explotadas desde tiempos inmemoriales hasta hoy día. Su calidad es tan excepcional, que en 1974 una de ellas fue cotizada en un millón de dólares. Así, pues, de ser verdad que las esmeraldas escondidas por Fray Reginaldo Pedraza en el orillo de su jubón procedían de Colombia, nuestros buenos antepasados habrían gastado setenta años, buscando el sombrero negro en la habitación oscura en donde no estaba dicho sombrero.



PRECIO S/. 2.—